



4. Amenazas de derechas

El Partido Popular y la anomalía española

Jaime Pastor

En los estudios comparados que suelen hacerse desde hace un tiempo sobre el resurgimiento de una extrema derecha o derecha radical en el ámbito europeo se tiende generalmente a considerar que la ausencia de una fuerza política semejante con presencia parlamentaria en el caso español es un buen signo, ya que podría explicarse por el descrédito que el franquismo tiene en la población. Sólo en algunos análisis se reconoce que esa especificidad estaría principalmente relacionada con el tipo de partido mayoritario de derechas que se ha ido conformando en el Estado español, así como con los obstáculos derivados de un sistema electoral que prima la gobernabilidad frente a la representatividad, haciendo más difícil la penetración de nuevas formaciones políticas en el parlamento. En este trabajo partiremos de estas particularidades para intentar interpretar esta “anomalía”.

Genes franquistas

Un punto de partida necesario para ese propósito es el relacionado con los orígenes del propio PP en Alianza Popular (AP), promovida por Manuel Fraga en septiembre de 1976. Se trataba de una formación surgida de un grupo de “notables” claramente contrarios al reformismo franquista que en ese momento empezaba a emprender el gobierno de Suárez, pero a la vez distintos del sector más extremo que representaba Fuerza Nueva (FN), con Blas Piñar a la cabeza. La gran diferencia con esta última se hallaba sobre todo en que los principales dirigentes de AP (entre los cuales se encontraba el recientemente fallecido –y ensalzado– Juan Antonio Samaranch) estaban estrechamente vinculados a un sector de la gran banca y a grandes empresas y, por tanto, debían evitar un discurso únicamente dirigido a una extrema derecha militante y partidaria del recurso a la violencia al margen del control gubernamental ¹.

¹/Fraga tuvo no obstante dificultades para encontrar financiación suficiente para las primeras elecciones, ya que el gran capital se encontraba dividido entre su opción y la de Suárez, como recuerda Ferrán Gallego (2008: 463 y 779-780)

Basta recordar, no obstante, no sólo la aplastante presencia de cargos públicos procedentes del franquismo en las elecciones de 1977 y 1979 ² sino, sobre todo, los temas y las propuestas que ese partido fue difundiendo durante esos años para constatar que en realidad actuaba como derecha extrema, ya que

trataban de dar base social y electoral a un movimiento de resistencia a la ruptura institucional con el régimen anterior, justificándose en las posiciones reformistas de la última época de Franco o de la primera etapa de la monarquía. Incluso en este último caso, la presencia de personas como Fernández de la Mora o López Rodó entre los cabecillas de la nueva formación hace dudoso ese carácter, al haber destacado por su oposición a las propuestas de reforma realizadas por el gobierno Arias/Fraga (Gallego, 2008: 465).

La táctica de este partido en esos años fue, más bien, la de constituirse en factor de freno institucional y “fáctico” –dadas sus buenas relaciones con un sector significativo del gran capital y de la jerarquía militar, como se comprobaría luego en su “simpatía” con el intento de golpe de estado del 23-F de 1981– para así ir limitando al máximo las “concesiones” que la coalición de Unión de Centro Democrático (UCD) encabezada por Suárez fue haciendo a la oposición antifranquista dentro del proceso de “reforma pactada”. Fueron pasando así de la resistencia rotunda –como en el caso de la legalización del PCE– a la adaptación parcial e incluso total al “consenso” en materias relevantes –no por casualidad firmaron los Pactos de la Moncloa–, manteniendo al mismo tiempo su firme rechazo en otras como el uso del término “nacionalidades” en el proyecto constitucional, si bien finalmente un sector de AP encabezado por Fraga votó a favor de su versión definitiva.

Pese a sus limitados resultados electorales en las dos primeras elecciones generales, esa táctica *resistencia* iría luego dando mejores frutos, ya que permitió a AP (ya en coalición con el Partido Democrático Popular, ala democristiana escindida de UCD) ganar en las elecciones de 1982 votos procedentes tanto del partido de Suárez como de FN (alrededor de 2/3 de los obtenidos por esta formación en las elecciones de 1979), provocando una crisis en este último que le llevaría a su autodisolución (Montero, 1986: 357-358). Es a partir de entonces, frente al inicio de la “era socialista”, aprovechando la descomposición de la UCD y en un contexto internacional de ascenso del neoliberalismo y del discurso de la nueva “guerra fría” desde la llegada de Reagan y Thatcher al poder en EE UU y Gran Bretaña, cuando AP entra en una nueva fase de consolidación y de rediseño de su estrategia política, pese a que no consigue avanzar

² En las de 1977 el último primer ministro de Franco, Carlos Arias Navarro, el “carnicero de Málaga”, fue uno de sus candidatos de primera línea; en sus listas electorales “hubo un apreciable grado de identificación entre los candidatos de AP y la clase política del régimen anterior (algo más de una cuarta parte de los presentados, que sin duda aumentaría teniendo en cuenta a otros candidatos que desempeñaron puestos técnicopolíticos de segundo nivel). Pero más significativo es que más de la mitad de los 205 candidatos que concurren más de una vez entre 1977 y 1982, el 66,34 %, pertenecían a la clase política del franquismo” (López Nieto, 1988: 94-95).

en zonas como Euskadi y Catalunya. Un test fundamental en ella fue su actitud ante el referéndum sobre la OTAN, en el que pese a su atlantismo militante optó por la abstención aduciendo su desacuerdo con la opción misma de la consulta, ya que temía que así se cuestionara la legitimidad de la decisión parlamentaria tomada cinco años antes bajo el gobierno del efímero Calvo Sotelo (Val, 1996: 173); no obstante, la victoria final de Felipe González le salvó de las críticas recibidas de sectores de su propio electorado e incluso del abandono de algunos de sus cargos representativos por considerar que con su actitud ponía en riesgo la permanencia en la OTAN.

El agotamiento del liderazgo de Manuel Fraga dio paso a un primer intento sucesorio con Hernández Mancha en 1987, finalmente fallido, abriéndose paso a finales de los 80 a la nueva generación protagonizada por el “clan de Valladolid”, con José María Aznar a la cabeza, ya presidente de Castilla y León. Es justamente en 1989 cuando se celebra el Congreso de Refundación de AP para autodenominarse Partido Popular con el propósito de homologarse con la Democracia Cristiana europea y aparecer como “partido de gobierno”. Su objetivo es superar el techo electoral de Fraga, pese a que éste es reelegido Presidente, cargo que abandona poco después para poder presentarse en Galiza, lo que le lleva a designar a Aznar como su sucesor.

Ascenso del “aznarismo”

El cambio de época que significa la caída del bloque soviético, con el triunfalismo neoliberal y neoconservador en EE UU y Europa, coincide además con el estallido de sucesivos escándalos de corrupción y de terrorismo de Estado –caso GAL– en el PSOE, enfrentado además a una movilización unitaria sindical y a un relativo ascenso de Izquierda Unida. En cambio, el “caso Naseiro”, que afecta a parte del nuevo grupo dirigente del PP, será fácilmente neutralizado por Aznar. En ese contexto, y con la creciente ayuda de las TV privadas que empiezan a funcionar entonces, así como de medios de comunicación como *El Mundo*, el nuevo equipo aznarista se siente con fuerza para actualizar su discurso manteniendo en el mismo sus pilares tradicionales –nacionalismo español, defensa de los privilegios de la Iglesia católica–, silenciando el relacionado con sus orígenes franquistas y poniendo en primer plano otros como la “regeneración democrática” y un neoliberalismo más agresivo. Es justamente en 1992 cuando Aznar, en lugar de relanzar la Fundación Cánovas del Castillo, más conservadora, crea la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES) como nuevo “think tank” destinado a ir dando cuerpo a un proyecto capaz de ofrecerse como relevo para el gran capital frente al desgaste del “felipismo”.

Esa estrategia empieza a dar buenos resultados a partir de las elecciones municipales y autonómicas de 1995 y culmina con éxito en las generales del año siguiente. No obstante, la necesidad de pactar con nacionalistas catalanes y vascos para mantenerse en el gobierno atenúa el desarrollo de ese proyecto, lo

cual le obliga a la búsqueda de una referencia histórica identitaria más amplia que la derivada del franquismo. Es justamente en este primer período legislativo cuando se produce un mayor esfuerzo por conciliar los orígenes franquistas con su entronque con la Restauración canovista ³, con Ortega y Gasset e incluso, aunque por poco tiempo –si tenemos en cuenta su laicismo y su demonización por el franquismo–, con la figura de Manuel Azaña.

Es ya en la segunda legislatura presidida por Aznar y, sobre todo, tras el 11-S de 2001 cuando se puede considerar que se manifiesta abiertamente una beligerancia neoconservadora que se suma con mayor fuerza a los rasgos ya característicos del PP. No es casualidad que sea entonces cuando el Grupo de Estudios Estratégicos (GEES) es cooptado por la dirección del partido como “think tank” (finalmente integrado en la FAES) para justificar la implicación creciente de Aznar en la nueva geopolítica de Bush junior y su “guerra global contra el terror”. En efecto, los artículos de este equipo, animado principalmente por Rafael Bardají e Ignacio Cosidó (GEES, 2007), constituyen el mayor ejemplo de una identificación “sin complejos” con los “neocon” estadounidenses, su guerra “civilizatoria” y su plena solidaridad con el Estado de Israel. Este período coincide además con su estrategia de confrontación con el nacionalismo vasco y la opción por la derrota militar de ETA, tras el fracaso de la tregua de 1998, conjugando así su nacionalismo español con la aplicación de medidas y leyes de excepción –como la Ley de Partidos–, en sintonía con las que se adoptan en EE UU y la UE. Ese alineamiento “neocon” se vería confirmado en la Cumbre de las Azores, en la que, no hay que olvidarlo, se simboliza la convergencia con la “tercera vía” de Blair.

Ocupar la calle

Pero sin duda el punto de inflexión en la radicalización de la estrategia del PP se encuentra en los efectos de su interesada y fallida respuesta al atentado del 11-M de 2004 y la inmediata derrota electoral que sufre frente al PSOE de Rodríguez Zapatero. Desde entonces se va desarrollando un sentimiento colectivo de “victoria robada” en los sectores sociales y mediáticos que le apoyan y en el propio partido, inaugurando así una nueva etapa en la que se procede a una reformulación del proyecto (ahora directamente desde la FAES de Aznar), dirigido a la deslegitimación del resultado electoral mediante la “teoría de la conspiración” y la “estrategia de la crispación”. Se da así nuevas alas a los sectores más extremos de ese partido y de la derecha mediática y cultural-religiosa, con la consiguiente reducción del espacio propio de los grupos neofascistas.

³/ En realidad, esa referencia fue ya expuesta con claridad tempranamente por Fraga, quien en junio de 1976 se reconoce en la táctica de Cánovas del Castillo en 1875, basada en “*una sabia, oportuna y prudente dictadura al servicio del establecimiento de un régimen liberal*” (cit. por López Nieto, 1998: 15-16); o sea, de un “modelo” monárquico, católico, centralista, caciquil, con sufragio censitario y “turnismo” de los dos grandes partidos que sustituyó a la Primera República tras un golpe de estado militar.

Se puede observar a partir de entonces un ciclo de movilización extraparlamentaria de un amplio y plural bloque social, político y cultural de derechas (Adell, 2007; Aguilar, 2007) en el que en más de una ocasión la dirección del PP no es la “vanguardia” sino, más bien, la que secunda iniciativas procedentes de la Asociación de Víctimas del Terrorismo, del Foro de Ermua, del Foro Español de la Familia, de la jerarquía eclesiástica o de sectores de la enseñanza católica.

Ese bloque se va articulando, además, frente a una estrategia de Rodríguez Zapatero que, tras la retirada de las tropas españolas de Irak, opta por compensar la ausencia de diferencias sustanciales con la política económica del PP –al servicio del mismo “modelo de crecimiento” basado en la burbuja inmobiliaria– mediante su disposición a reabrir parcialmente una “segunda transición” con el gobierno tripartito catalán y la negociación con ETA. Si bien la moderada apuesta por una “España plural” y la esperanza en un final dialogado de ETA acabarán viéndose frustrados por distintos motivos, esa táctica se combina con un “reformismo societario” (Vidal Beneyto, 2010) en temas relacionados con derechos civiles (matrimonio homosexual, reforma del aborto) que permite a Rodríguez Zapatero mantener sus apoyos en la izquierda social y cultural, pero a la vez ofrece nuevas oportunidades de “guerra cultural” a la derecha tanto en el parlamento como en la calle.

Es precisamente en ese contexto cuando debates como los relacionados con la Memoria Histórica y el Estatut de Catalunya contribuyen a poner en primer plano conflictos relacionados con el franquismo y la transición política. Frente a ellos resurge el temor del PP tanto a la reivindicación de la legitimidad republicana como al cuestionamiento de la “unidad de España como única Nación”. Bien es cierto que lo primero tiene distintas expresiones en esa derecha: mientras que los nuevos “historiadores” (con Pío Moa y César Vidal a la cabeza) reivindican la legitimidad del levantamiento franquista frente al “golpe de estado de 1934”, al “desorden republicano” y a la “amenaza comunista”, otros, más “liberales”, se limitan a naturalizar el franquismo como algo inevitable en un período en el que Europa se hallaba desgarrada por las amenazas totalitarias. En realidad, ambos argumentos se combinan para recuperar el viejo “anticomunismo” y, a la vez, despolitizar el genocidio y la represión franquista para acabar equiparando a todas las víctimas con el fin de reducir la guerra civil a una “trágica confrontación” que hay que “olvidar”.

En cuanto a la defensa de la “unidad de España”, el discurso del PP, una vez pasada la corta aventura de su apuesta por un “patriotismo constitucional” a la española, se limita a modernizar algo el discurso tradicional mediante la defensa de España como única “Nación de ciudadanos”; posición que no deja de ocultar su simple preservación de un Estado autonómico, aceptado ya como “mal menor” frente a las reticencias expresadas por Fraga en 1978 y gracias a la experiencia de “regionalización” del propio PP a través de las Comunidades Autónomas bajo su control (Núñez Seixas, 2007).

Una derecha populista de matriz franquista, pero con un liderazgo débil

Pero el PP también se ha ido consolidando como un agente de intermediación ampliada entre lo público y lo privado, a medida que ha ido conquistando amplias parcelas de poder institucional y ha asumido una concepción patrimonial de las mismas. En esas condiciones, ha proliferado en su seno, a la sombra de las privatizaciones y de la burbuja inmobiliaria de los dos decenios pasados y con el propósito de obtener nuevas fuentes de financiación partidaria y privada, la figura del “político/a de los negocios”, como se ha podido comprobar con los sucesivos escándalos de corrupción que han estallado en los últimos tiempos. Sin embargo, ni la larga lista de altos cargos públicos afectados por casos como la trama “Gürtel” ni el débil liderazgo de Rajoy parecen limitar las perspectivas de victoria electoral del PP, dado el rápido desgaste que está conociendo Rodríguez Zapatero a consecuencia de la crisis sistémica y social actual. Sólo cabe dudar de la utilidad de su repetición ahora de la vieja táctica no pactista (como ocurrió en el referéndum de la OTAN) ante las medidas de un gobierno que aparece como mero servidor no sólo del gran capital español sino también de una política que viene dictada desde la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional y es compartida por sus socios neoliberales de Alemania y Francia.

Nos encontramos, por tanto, con una derecha política que ha construido un partido con más de 700.000 afiliados/as ⁴, capaz de recoger más de 10 millones de votos de un amplio espectro del electorado que puede reconocerse en algunas de las respuestas que ofrece a las distintas divisorias o conflictos que atraviesan a la sociedad: el “sentido común” neoliberal (defensa de lo privado frente a lo público); el neoconservadurismo cultural (frente al “sesentayochismo”, defensa de la familia patriarcal tradicional y rechazo del aborto, a favor de la enseñanza de la religión católica y, a la vez, de un feminismo demagógico frente al islam) y geopolítico (apuesta por una Europa atlántica y solidaria con EE UU y el Estado sionista de Israel); el rechazo a cualquier reapertura de “viejas heridas” (el franquismo como paréntesis inevitable) o a cuestionar la transición política (convertida en mito fundacional del régimen de la Reforma); la defensa de la “unidad de España” como única Nación frente a las tendencias disgregadoras y los “privilegios” de vascos y catalanes, reforzada por la intransigencia “antiterrorista” no sólo frente a ETA sino también contra la izquierda abertzale; la tendencia, en fin, a convertir a inmigrantes “no comunitarios” en chivos expiatorios de lo que se conoce como “política del resentimiento” frente a la crisis, la “inseguridad” y el miedo al futuro (Aguilar, 2010); o, simplemente, el voto útil contra ZP.

⁴/Pese a ello, no se puede considerar que el PP sea un partido de masas clásico: se trata de una formación cuyo modelo organizativo es presidencialista y basado en el creciente protagonismo de los cargos públicos y en el recurso a los medios de comunicación para dirigirse al electorado, con escasa participación de su afiliación en la toma de decisiones y no admitiendo la existencia de corrientes internas (aunque, sin duda, existen los “clanes” o facciones, ligados a “baronías” como la de Aguirre y la de Camps, o directamente a Rajoy).

Teniendo en cuenta esa combinación de mensajes y propuestas, tan inadecuado sería considerar al PP un partido de derechas clásico, similar al francés de Sarkozy o al de Merkel, como asimilarlo a la extrema derecha o “neofascista” europea en ascenso. Con los primeros tiene una diferencia de raíz histórica en cuanto que no ha renegado de sus antecedentes franquistas, todavía simbólicamente representados por su Presidente honorario, Manuel Fraga; además, ha mostrado su disposición a recurrir a formas de movilización extraparlamentaria ajenas a las de esos partidos, salvo en situaciones extremas (como ocurrió en Francia en Mayo del 68). De los segundos se distingue porque, pese a recoger parte de sus mensajes y formas de protesta, ni lo hace con la beligerancia ideológica de esos grupos ni los sitúa en el primer plano de su agenda política. Ésta se halla ahora especialmente centrada en la búsqueda de una ampliación de su electorado aprovechando la crisis económica y social, ofreciéndose como la fuerza que puede garantizar mayor “confianza” para salir de la misma tanto para “los ganadores” (“los mercados”) como para parte de “los perdedores” (sectores de capas medias y populares “autóctonas”) de la globalización neoliberal. En cambio, quizás respecto al caso italiano la principal diferencia sea la ausencia precisamente de un liderazgo carismático y una concentración de poderes como los que representa Berlusconi.

Otra cosa es que en el seno de ese bloque de poder (especialmente en su ala mediática, reforzada gracias a la TDT) del que forma parte el PP e incluso en el seno de este partido no cabe ignorar la existencia un amplio sector de derecha extrema que no sólo empuja a la radicalización del discurso y la táctica de sus principales dirigentes sino que expresa su insatisfacción con el liderazgo débil de Rajoy y apostaría por la vuelta de Aznar o por la alternativa de Esperanza Aguirre, sobre todo ante el temor de que una competidora en ascenso como Rosa Díez (beligerante en torno a un nacionalismo español agresivo, pero ajena a la matriz franquista y con un acento creciente en la crítica a la “clase política”) pueda arrebatárles parte del electorado. De cualquier manera, hasta ahora ha sido evidente que el electorado de extrema derecha ha optado por un “voto estratégico” al PP, a sabiendas de que las fragmentadas fuerzas que pueden ser más afines a formaciones del tipo Frente Nacional de Le Pen, a la vista de los obstáculos del sistema electoral vigente aquí, no tienen ninguna posibilidad de acceder al Parlamento español. Cuestión diferente es la que se presenta en el plano local e incluso autonómico, como podemos ver con Plataforma per Catalunya.

Estas conclusiones tentativas no impiden prever tanto un continuo crecimiento de grupos de extrema derecha que recurran a discursos abiertamente xenófobos y a formas de acción violentas como una mayor derechización del PP. No obstante, también cabe la hipótesis de que en el caso de que el PP retorne al gobierno del Estado, con un Rajoy con escasa “auctoritas” al frente, puedan producirse ensayos de nuevas formaciones electorales más a la derecha, anima-

das por alguno de los líderes mediáticos del bloque social que le ha ofrecido hasta ahora su apoyo; un escenario más previsible si Rajoy no obtiene la mayoría absoluta y se ve obligado a algún tipo de alianzas con las derechas nacionalistas catalana y vasca.

Jaime Pastor es profesor de la UNED. Forma parte de la Redacción de *VIENTO SUR*.

Bibliografía:

- Adell, R. (2007) “Movimiento Nacional-Popular. Manifestaciones conservadoras en Madrid: 1939-2007”. Ponencia presentada en el Congreso Español de Sociología-FES. Sesión I (Nuevos fenómenos: movimientos populistas y neo-institucionales), en Barcelona (no publicada).
- Aguilar, S. (2007) “La derecha radical toma la calle”. *El País*, 29/12/2007 pág. 39.
- Aguilar, S. (2010) “Después de la crisis del movimiento obrero: el conflicto social en la era de la globalización” (disponible en <http://hdl.handle.net/2445/10942>).
- Gallego, F. (2008) *El mito de la Transición*. Barcelona: Crítica.
- GEES (2007) *Qué piensan los “neocon” españoles*. Madrid: Ciudadela.
- López Nieto, L. (1988) *Alianza Popular: Estructura y evolución electoral de un partido conservador (1976-1982)*. Madrid: CIS.
- Montero, J.R. (1986) “El subtriunfo de la derecha: los apoyos electorales de AP-PDP”. En J.J. Linz y J.R. Montero (eds.) *Crisis y cambio: electores y partidos en la España de los años ochenta*. Madrid: CEC, págs. 345-432.
- Núñez Seixas, X. M. (2007) “Conservadores y patriotas: el nacionalismo de la derecha española ante el siglo XXI”. En C. Taibo (dir.) *Nacionalismo español. Esencias, memoria e instituciones*. Madrid: Los libros de la Catarata, págs. 159-191.
- Taibo, C. (2008) *Neoliberales, neoconservadores, aznarianos*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Val, C. del (1996) *Opinión pública y opinión publicada. Los españoles y el referéndum de la OTAN*. Madrid: CIS.
- Vidal Beneyto, J. (2010) *Corrupción y democracia*. Madrid: Los libros de la Catarata.